

# 1

**A**lguien abrió el portal; quién o cómo, no sabría decirlo. Al principio fue inevitable pensar en las pastillas. Luego, Balú se emperró en proclamar que estábamos dentro de la película, e incluso me hizo dudar, como se verá, pero su teoría era insostenible.

Y lo que vino después, dijo Bet, no pudo ser cosa de las pastillas.

Ésta es la historia de cómo los tres encontramos lo que fuimos a buscar.

El día había amanecido gélido, azulísimo y diamantino como un océano de Bombay Sapphire, y así siguió hasta el atardecer, mientras nosotros le dábamos la triple espalda yendo de reunión en reunión, de un despacho a una sala de juntas, siempre subterráneas, cosa curiosa, o sin apenas ventanas, presentando y exponiendo nuestro gran proyecto. De vuelta, las calles del centro estaban cortadas por no sé qué desfile o fiesta popular.

Bet bajó la ventanilla y asomó la cabeza en plan gárgola amenazadora, como si su doble rayo iónico pudiera desintegrar las ría-

das de gente con banderas y gorritos de colores. Nos rodeaban tambores y flautines estridentes, y el aire olía a humo de leña o a castañas asadas.

Bet estaba muy nerviosa porque la jornada había sido dura. Cuando se cansó de lanzar miradas asesinas a la multitud inmóvil, comenzó a repiquetear en el techo del taxi y después en el hombro de Balú, que parecía encantado con el follón, y su mano siempre cargada de anillos saltó luego como una araña eléctrica a mi rodilla izquierda y casi noté el chispazo de la tensión que descargaba, hasta que ya no pudo aguantar y le dijo al taxista que parase, aunque más parado no podía estar, y fue bajar y meternos en aquel laberinto de calles estrechas cuando retumbó el primer trueno y Balú dijo que le había caído una gota. La segunda, ya una gotaza, reventó en el mapa que temblaba en las manos de Bet: no quería reconocer que estábamos perdidos, como atestiguaba la tienda de móviles espejeantes que tintinearón tres veces.

El cielo se puso blanco y luego negro y luego ya no vimos nada, porque la cortina de agua lo borró todo.

## 2

**B**et detestaba su ciudad, tan fina y tan cara y tan relavada pese al pringue invisible, una ciudad (repetía siempre, para comernos la moral) en la que se celebraba todo por decreto, y hasta la luz había cambiado, y todos hablaban de un modo distinto desde que ella se fue, como si un extraño virus...

—Ejemplo —solía preguntarle yo, casi tan borracho como ella.

—Nadie dice ya «esto es falso», como decían antes —comenzaba—, sino...

—¿Antes? ¿Cuándo era ese antes? ¿Te refieres a la ominosa...?

—Me refiero a antes, a secas, rico mío —cortaba nuestra amiga, compañera, muy pronto socia—. Antes daban golpes en las mesas con el puño y decían «esto es falso». Ahora arrugan la naricita y dicen, sin avergonzarse, «esto es incierto». Antes decían que hacía un calor del carajo; ahora dicen que el tiempo es «estable» o «muy tranquilo». O, peor, que hace «calorcito» o «fresquito», siempre disminuyendo. Antes las cosas se acababan, hasta que de pronto «finiquitaron». No dicen que algo va fatal; dicen que «desacelera». No hay problemas, hay «inciden-

cias». No hay opiniones, hay «polémica». Todos y todas se han contagiado de los periodistas y los políticos. ¿Has visto sus caras? Ya las verás. No se las regalaron. Muy pocos y pocas han sabido conservar el brillo en los ojos y la sonrisa serena de su infancia, primera juventud o primera madurez. Contados y contadas son los que así te alegran el día porque alegraron su vida. Los jóvenes parecen seminaristas con gafitas nuevas. Los viejos parecen curas viejos. Las chicas, seráficas monitoras de jardín de infancia. Las mujeres, profesoras jubiladas o a punto. Entre todos han convertido esta ciudad en un convento disfrazado de guardería. O al revés. Muy sonriente, muy educado y muy caro, eso sí.

—No se puede generalizar así, guapina —decía Balú, agitando el índice.

Cada vez que tenía que ir a Barcelona (ella decía «bajar a») volvía echando chispas, rayos y centellas generalizantes. Muy mal hecho. Muy feo era todo lo que profería, aunque ni Balú ni yo la tomábamos demasiado en serio cuando se arrancaba por tales peteneras, porque Bet solía ser bastante altibajona y retórica y pintoresca. Yo también, no voy a negarlo, por eso me gustaba discutir con ella. Balú menos, o nada: siempre andaba con la boca ocupada en otros menesteres. Balú y yo teníamos unas ganas locas de salir a presentar el gran proyecto, después de tres meses de intenso trabajo y encierro monacal.

Y no la tomábamos muy en serio, insisto, porque algunas veces, tras la tercera copa o raya, Bet había hablado, con ojos brumosos, de otra ciudad, la lejana ciudad de su infancia, que quería-

mos imaginar todavía activa, secreta, nocturna y fosforescente, aunque ella se empeñara en demolerla.

—... y también los que chocan contigo por la calle, a cada paso, ya lo veréis, en sus encantadoras y superecológicas bicicletas, y no piden disculpas. *On acquiert rarement les qualités dont on peut se passer.* Ésos son los más jóvenes, los que no han tenido nuestra selecta educación porque no les hacía maldita falta, o los más viejos, que ya no ven ni oyen una mierda. Modifico y sintetizo lo antedicho. Dejémoslo en tres grupos o facciones: los que sonrían por nada, sin voluntad ni merecimiento, los que nunca dan las gracias ni piden perdón, y los que ni ven ni oyen.

—Moneda frecuente, señora marquesa —me resistía yo, con la contumacia que suelen dar el alcohol, las pastillas o su desaconsejable mezcla—. Quiero más datos contrastados, verificables.

Bet juntaba las anilladísimas manos y acercaba gargoleante su rubia cabeza, señal de que ya iba muy puesta y de retiro.

—El pringue, Bruno. El característico e inequívoco pringue flotando sobre la ciudad, que hay quien define como melancólica neblina pero no es neblina aunque sí melancólica. La asquerosa y perpetua humedad influye, desde luego. Digamos que es la base química del pringue, su soporte. No hay que confundirlo con la mugre negruzca que antes...

—¿Antes?

—... antes enguarraba calles enteras. Una cosa es la mugre y otra bien distinta es el pringue, no confundamos. Pringue grisáceo. A veces, sin embargo, toma la forma de una nube sutilísimamente blanquecina, como de huesos triturados por una máquina muy experta. Pringue que apenas se percibe, confundido con tan-

to revocamiento, pero se puede llegar a mascar hasta el tragantón algunas plácidas tardecitas de domingo...

—Aquí, allá y acullá —intervenía Balú, casi siempre silente cuando nos emperrábamos en darle a la caza alcance.

—... y de martes y de sábado por la mañana —remachaba Bet—, aunque reluzca un sol radiante, y también casi todos los atardeceres de invierno y de verano, y ya no digamos de otoño y primavera...

—Venga, venga, que no será para tanto —terciaba Balú, banalote.

—Tardecitas de domingo y dilatados o repentinos crepúsculos: es ahí cuando el pringue se afianza y exhibe su mórbido esplendor como una vomitiva y asfixiante carpa de circo, con todo animal muerto o narcotizado. Aprovechando que tienes la boca abierta, pídemle otra, plis.

—Voy. —Iba, pongamos, Balú.

— ... pringue que te corroe los huesos del alma, los más machacados, sin que te des cuenta, como en el célebre y asqueroso y sádico experimento, sin duda inventado en Barcelona, de la rana arrojada a una olla de agua tibia y progresivamente hirviente, de modo que la pobrecilla no salta, no sale pitando porque no siente el modulado calor que la va cociendo poco a poco; pringue —tomaba aire— que todo lo iguala, sonrisas y gritos y proyectos, y todo lo convierte en bobería y progresivo bajón y cecedura. Por eso todas las veces que he tenido que bajar me largo enseguida, antes de convertirme en rana asada sin darme cuenta. Chin-chin.

—¿Y la noche? —porfiaba yo, olfateando la lona boxística, que no circense.

—¿Qué noche?

—*Aquella* noche. ¿No queda nada, nada de nada? Los bares abiertos hasta las mil, la cosa entre marsellesa y bananera, el lujurioso barrio del puerto, con sus alegres marineros y bulliciosas muchachas —casi salmodiaba yo, sintiéndome inevitablemente gilipollas.

—Prehistoria, desechos del fascio. Corroída o hervida también por el pringue. Ahora todas las noches y todas las ciudades son idénticas, chato —concluía Bet, con tono de profesora de niños monguis o disfuncionales—. Turistas, ciclistas. Las mismas tiendas y los mismos bares, en idéntico orden. Gracias a gente como nosotros, por cierto.

—¡Oh!, cuán lúcida —ironizaba Balú, que tenía sus momentos.

—Pero aun así, tal vez... —insistía yo, con un último hilo de esperanza, un desfalleciente venga, venga.

Ese patrón se había repetido, con variables tan o más delirantes, unas trescientas veintisiete veces, siempre nocturnas, en los últimos años.

### 3

A sí que llovía a botes y barriles, como dicen enigmáticamente por aquí, y el mapa estaba hecho moco, de manera que entramos como procesionarias del pino en aquel café tan moderno y repelente, el primero que pillamos en nuestro empapado camino al hotel, siempre a cuatro pasos o a la vuelta de la esquina.

Balú miró a su alrededor como un defraudado conquistador extremeño, aunque era del mismo Bilbao.

—¿Qué es esto, pues? ¿Un puto salón de té?

—Sí lo parece, sí —me limité a decir, para no echar leña al húmedo fuego.

Nuestro forzoso refugio era un lugar de nombre sueco o polaco (¿Zlutny? ¿Vlazny?), paradigma tangible, mucho me dolía reconocerlo, de la nueva ciudad que Bet tanto detestaba.

Casi todos los que allí estaban parecían muy extranjeros, muy jóvenes, muy serios. Conversaciones bajas, mecidas por la música electrónica, apenas sobresaltadas por las tacitas y los platitos con pastelitos de cereza, un suponer, al posarse delicadamente en las mesas de marmolito.

—Tengo hambre —dijo Balú, para variar, golpeándose el pe-

cho o la tripa: no se sabía dónde acababa uno y empezaba la otra—. Me muero de hambre.

Los camareritos, también jóvenes y con idéntico aire foráneo, se movían como patinadorcitas bajo los globos de luz blanca, rellena de posibles huesecitos triturados.

—Pues ahí tienes —dije yo, señalando la barra y, en un barri-  
do, las mesas.

—Pastelitos de mierda. Con diez no alcanzo. Tengo hambre  
*de verdad*. A la que pare un poco...

—No me jugaría yo nada —dije, escrutando el diluvio, que  
comenzaba a convertir la Z invertida del vidrio en una serpiente  
de agua.

—... llegamos al hotel en un salto, nos cambiamos y nos pe-  
gamos un cenorrio. Y luego de juerga hasta las tantas —concluyó,  
con su habitual optimismo, porque ya teníamos una edad, pero  
eso es lo que siempre pasa cuando sales, que no mides ni quieres  
medir fuerzas. O sí, tal vez sea justamente eso: una insensata ma-  
nera de medirlas.

Bet se sacó su chorreante Blahnik y mientras se secaba el pie  
hizo un redundante balance de la situación, como si fuéramos  
cieguitontos.

—Llueve a cántaros y casca un céfiro del copón.

—No seas reticente, antigua reina de mil y una noches.

Bet contempló intensamente el otro zapato. Parecía un cua-  
dro abstracto.

—Que ni pa dios, que conmigo no contéis. Una copa, un  
Noctamid, y pitando al sobre. ¿Tres Cuttys?

A punto estuve de adherirme a su planazo, porque la verdad es

que también estaba reventado (la edad, sí). Cerré un momento los ojos: bajo mis párpados ardientes seguían desfilando columnas de números, suites ofimáticas, pizarras, estrategias multinacionales. Pero Balú no se rendía. Menudo era.

—Isabelita mía de mis amores... —dijo, cucamonesco.

—Que no, hostias.

Cuando estaba cansada de verdad (y, sobre todo, sobria) a Bet se le esfumaba por completo la retórica, y emergía, como una rodilla pelada, su adolescencia entre los desmontes del barrio de la Concepción, antes de que su señora madre heredase y la matriculara en el Liceo Francés.

Sirvieron los Cuttys.

—Bueno, pues tú te lo pierdes. Mientras te tomas tu copa, Bruno y un servidor...

—Balú, no sé si yo... —comencé.

Hundió la mano en el bolsillo de su cazadora.

—¿La derecha o la izquierda?

—La izquierda siempre —dije.

—No me hagáis esto, por lo más sagrado —dijo Bet.

Balú extendió, no sin precaución, la palma abierta sobre su rodilla.

—Que apartes eso de mí te digo, diablo tentador.

Mientras maldecía acercamos las cabezas, todavía mojadas.

Tres cápsulas rojas, sin un dibujo, ni una inicial, nada. Échales un galgo: en aquella época aparecían drogas nuevas, sin denominación de origen, cada fin de semana.

—*The ultimate* colocón —susurró Balú, trocando la mano en puño semialzado y poderoso.

—¿Pero dónde has pillado tú, mangurrián? —dije.

—Antes de salir. Que tengo yo un pasamisí que es un lujo.

—Virgen del amor hermoso —suspiró Bet, con voz derrotada, como si leyera un prospecto de antihemorroidal—. ¿Qué hacer?, como dijo Lenin.

—Tú no sé, pero mírame a mí —dijo Balú, echándosela al colete.

—Soy una mujer fácil. Fácil que da asco. Venga, trae, que no se diga.

Bet y yo tragamos la pastilla roja al mismo tiempo.